

«MADRE DE FUEGO, DÉJAME ESTAR JUNTO A TU PUERTA DEVORADORA»: UN ACERCAMIENTO A LA POESÍA DE ANNE SEXTON

Dentro de la poesía norteamericana, ninguna mujer anterior a la poeta Anne Sexton había escrito de una forma tan abierta y franca acerca del mundo de la mujer, de su cuerpo y enfermedades, de su vida íntima y familiar como lo hizo esta poeta. Sexton fue una poeta que consiguió una popularidad casi instantánea al escribir con una intimidad sin precedentes sobre sí misma «ribeteando sus poemas con la lencería sucia de sus colapsos nerviosos, locura, culpabilidad y sexualidad»¹.

¿Qué clase de mujer era ésta? Su biógrafa la describe como: enérgica, bien parecida, alta y delgada como una modelo; un ama de casa de clase media alta que se llamaba a sí misma Ms. Dog (Señorita Perro); una hija, una madre; una WASP de Nueva Inglaterra; como Emily Dickinson «medio rota». ¿Y qué clase de poeta? Íntima, confesional, cómica, insistente y desgarradoramente femenina; una hechicera de la palabra; una artista del espectáculo; alguien a quien le gustaba complacer a la masa. Una de sus actividades más conocidas y disfrutada por ella misma era la lectura de sus poemas en público, lectura que comenzaba con una actitud algo displicente diciendo: «Voy a leer un poema que os va a decir qué clase de mujer soy, si no os gusta os podéis marchar»². Mas tras esa apariencia altanera y fascinante se escondía una poeta seria y disciplinada cuyo trabajo fue admirado por sus colegas desde el principio.

Sus comienzos como poeta no fueron los tradicionales; de hecho Sexton tuvo que enfrentarse al *handicap* que supuso su falta de formación intelectual, a la vez que padecer sus periódicas depresiones nerviosas y brotes de locura. Sin embargo tuvo la fortuna de participar en seminarios y talleres de escritura creativa con poetas y profesores de la talla de John Holmes, W.D. Snodgrass, Robert Lowell y James Wright, quienes reconocieron su originalidad y poder expresivo, aunque Holmes tenía ciertas reservas respecto a una poesía tan cruda y desnuda, posiblemente hiriente para una audiencia fundamentalmente puritana.

Sexton nació en una familia de clase media-alta en la que se sentía rechazada por una madre celosa de su talento como futura escritora y por un padre que bebía demasiado. Desde muy niña comenzó a mostrar una personalidad rebelde y una cierta inestabilidad emocional. A los diecinueve años abandonó la casa paterna para casarse con Alfred Sexton, con quien tuvo dos hijas. La solidez de la pareja y de la familia siempre estuvo amenazada por esa inestabilidad emocional de la que padecía, reflejándose en sus varios intentos de suicidio, con las consecuentes hospitalizaciones requeridas para su recuperación. Fue precisamente a raíz de una de sus depresiones y posterior intento de suicidio, en 1956, cuando comenzó a escribir a los veintiocho años animada por su psiquiatra, lo que según ella se convirtió en una especie de terapia.

Poeta auténticamente confesional —aunque ella se resistía a ese tipo de etiquetas—, sus poemas no distorsionan la realidad, sino que reflejan la complejidad de su vida y su lucha en medio de una enfermedad que la privaba de la cordura. Sexton sufría igualmente por los efectos de unos tratamientos médicos que, según ella, le robaban la inspiración, quedando en un estado algo letárgico que le producía terror al ver su capacidad creativa mermada. Sin ningún deseo de ocultar o velar las expe-



riencias más íntimas, aquellas que siempre se habían considerado tabú, Sexton las proyectaba en su poesía a través de un lenguaje tan directo que a veces resulta chocante, y quizás por eso mismo atrayente.

A lo largo de su producción poética se observa una evolución. Inicialmente su poesía expone de forma abierta su fragilidad psicológica y su interés por el cuerpo, su biología, de tal forma que su poesía está plagada de imágenes corporales donde exhibe pechos, útero, vagina, sangre, aborto, enfermedad, dolor y muerte; imágenes que rezuman la necesidad de ser aceptada y amada, de tal forma que, al ser tan transparente, su posición se hacía más vulnerable. En palabras de la poeta y crítica Alicia Ostriker: «exponer así la fragilidad personal es una invitación al ataque»³. Y ésta era precisamente la posición de Sexton, una poeta que en poco tiempo había adquirido notoriedad y que no dejaba indiferente a nadie, ya fuera por los ataques que provocaba o por la atracción que ejercía. Su poesía es desgarrada, dejando el *yo* a la intemperie y totalmente desvalido por la inseguridad que produce el exponer todas sus fragilidades y miserias.

A esta primera etapa pertenece su primer libro *To Bedlam and Part Way Back* (1960), donde refleja sus crisis nerviosas y posterior recuperación. Con su segundo libro, *All My Pretty Ones* (1960), ya gana el premio Pulitzer, al que le sigue *Live or Die* (1966) y *Love Poems* (1969). A esta época sigue una nueva etapa que comienza con su libro de poemas *Transformations* (1971), que viene a ser una especie de iniciación que va en una dirección diferente, donde pasa de centrarse en el *yo* a la interpretación y relectura de tradiciones culturales a partir de los cuentos de los hermanos Grimm. Con ello Sexton se aleja un tanto de una temática que tocaba estrictamente el ámbito personal y se encuentra con un material sobre el que escribir que, aun perteneciendo a la tradición popular, ella hace propio a través de una reinterpretación subversiva. Le siguen *The Book of Folly* (1972), chocante y perturbador, *The Death Notebooks* (1974) y *The Awful Rowing Toward God* (1975), altamente dramáticos.

Los temas que toca, como ya apuntábamos, están fundamentalmente relacionados con lo personal, abarcando el plano de las relaciones familiares, amorosas, temas religiosos, la enfermedad, el dolor y la muerte. Las figuras parentales, y aquéllas por quienes eran sustituidas, cobran un protagonismo especial en su producción poética, al igual que las relaciones con sus hijas. Sexton nos presenta en sus poemas una galería de personajes que van desde el modelo arquetípico de «Buena Madre/Mala Madre», un padre atraído por la emergente sexualidad de su hija, personajes de los cuentos de Grimm que encubren unas relaciones homosexuales e incestuosas, amantes que reconstruyen a golpes de pasión el cuerpo inerte de la amada, una madre demasiado interesada en el cuerpo floreciente de su hija, una mujer abrumada porque llega «el noviembre de su vida», hasta una mujer fascinada por la visión del sufrimiento del Crucificado, todo ello aderezado con fuertes sentimientos de culpabilidad y un profundo deseo de ser aceptada.

A través de su poesía Anne Sexton hace partícipe al lector de sus angustias y miedos: de la necesidad de un Dios que la comprendiera y la perdonara, de una madre divina que le diera ternura y de su pasión por la vida mezclada con una atracción obsesiva y fatal por la muerte. Tal atracción fue más fuerte que su instinto vital, suicidándose en 1974 al aspirar el monóxido de carbono de su propio coche en el garaje de su casa.

Anne Sexton, con su forma de hacer poesía, ha ido más allá de las fronteras convencionales reflejando, con frecuencia, un paisaje de ansiedad, de horror y de muerte. Cuando esta mujer transitó

¹ A. OSTRIKER, «Being Nobody Together: Duplicity, Identity, and Women's Poetry». *Parnassus*, vol. 12, núm. 2 - vol. 13, núm. 1 (1985), pp. 201-202.

² D.W. MIDDLEBROOK, *Anne Sexton: A Biography*. Nueva York, Vintage, 1992, p. xix.

³ *Writing like a Woman*. Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995, p. 59.

el espacio demoníaco de su propio mundo, creó algunas de las imágenes más explosivas de la poesía norteamericana de estas últimas décadas al transmutar sus luchas personales en arte. Sin duda, Sexton nos dejó un legado literario en el que se ratifican muchas de sus tensiones y dolores personales, recreando en su poesía mucho dolor y poco gozo; la creación de ambos sentimientos es el legado que esta poeta dejó al canon literario.

Elegir algunos poemas para su traducción, dentro de la amplia gama de la producción poética de Anne Sexton⁴, no es tarea fácil; sin embargo, intentaremos hacer una selección significativa de las diferentes etapas de su creación literaria.

TÚ, DOCTOR MARTIN

Tú, Doctor Martin, caminas
del desayuno a la locura. Final de agosto,
me apresuro a través de túneles antisépticos
donde los patéticos muertos aún hablan
de empujar sus huesos contra el choque
de la cura. Y soy reina de este hotel de verano
o la abeja sonriente sobre un tallo

de muerte. Estamos de pie en filas
deshechas y esperamos mientras ellos abren
la puerta y nos cuentan junto a las puertas congeladas
de la cena. Se dice la consigna
y nos acercamos a la salsa con nuestras batas
de sonrisas. Masticamos en filas, nuestros platos
arañan y gimen como tiza

en la escuela. No hay cuchillos
para cortarte la garganta. Hago
mocasines toda la mañana. Al principio mis manos
permanecían vacías, desligadas de las vidas
para las que solían trabajar. Ahora aprendo a
recuperarlas, cada dedo furioso que pide
remiendo lo que otro romperá

mañana. Por supuesto, te quiero;
te inclinas sobre el cielo de plástico,
dios de nuestra manzana, príncipe de todos los zorros.
Las coronas que se rompen son nuevas
que llevaba Jack. Tu tercer ojo
se mueve entre nosotros e ilumina los compartimentos

⁴ Los poemas originales son tomados para esta traducción de la edición de las obras completas de SEXTON: *The Complete Poems*. Boston, Houghton, 1981.



separados
donde dormimos o lloramos.

Qué niños tan crecidos estamos
aquí. Crezco muy alta por todas partes
en la mejor sala. Tu negocio es la gente,
tú llamas al manicomio, un ojo
oracular en nuestro nido. Fuera en el vestíbulo
te llaman por megafonía. Entretejes el tirón
de los niños astutos que caen

como riadas de vida en la escarcha.
Y somos magia hablando a sí misma,
ruidosa y sola. Soy reina de todos mis pecados
olvidados. ¿Aún estoy perdida?
En un tiempo fui guapa. Ahora soy yo misma,
contando esta fila y esa fila de mocasines
que esperan en la repisa silenciosa.

(To Bedlam and Part Way Back, 1960)

EL MUSGO DE SU PIEL

«A menudo, niñas de la antigua Arabia eran enterradas vivas
junto a sus padres muertos, aparentemente como en sacrificio
a los dioses de las tribus...»

H. Feldman, «Niños del desierto».

Psychoanalysis and Psychoanalytic Review, otoño 1958.

Sólo era importante
sonreír y mantenerse quieta,
yacer junto a él
y descansar un rato,
plegarnos juntos
como si fuéramos seda,
ocultarnos de los ojos de madre
y no hablar.
La negra habitación nos engulló
como una cueva o una boca
o un vientre interior.
Aguanté la respiración
y papaíto estaba allí,
sus pulgares, su gordo cráneo,
sus dientes, su pelo creciendo
como un prado o un chal.
Yacía junto al musgo
de su piel hasta
que se volvió extraño. Mis hermanas

nunca sabrán que me
abandoné y fingí
que Alá no vería
cómo abrazaba a mi papaíto
como un viejo árbol de piedra.

(*To Bedlam and Part Way Back*, 1960)

EL ABORTO

*Alguien que debió haber nacido
se fue.*

Precisamente cuando la tierra plegaba su boca,
cada brote hinchándose desde su protuberancia,
me cambié de zapatos, y luego conduje hacia el sur.

Pasadas las Montañas Azules, donde
Pennsylvania se encorva perpetuamente,
llevando, cual gato coloreado, su pelo verde,

sus caminos hundidos como una piedra de lavar gris;
donde, a decir verdad, el terreno se cuarteaba perversamente,
una cuenca oscura de la que el carbón ha brotado,

*Alguien que debió haber nacido
se fue.*

la yerba tan erizada y robusta como cebollinos,
y yo preguntándome cuándo se rompería el suelo,
y yo preguntándome cómo sobrevive algo frágil;

arriba en Pennsylvania, me encontré con un hombrecito,
no era Rumpelstiltskin, en absoluto, en absoluto...
cogió la plenitud que inició el amor.

De regreso al norte, incluso el cielo se hizo tenue
como una ventana alta mirando a ninguna parte.
El camino era tan plano como una hojalata.

*Alguien que debió haber nacido
se fue.*

Sí, mujer, tal lógica te llevará
a la pérdida sin muerte. O di lo que querías decir,
cobarde... esta criatura que sangro.

(*All My Pretty Ones*, 1962)



PARA DIOS MIENTRAS DUERMO

Durmiendo en la fiebre, soy incapaz
de saber exactamente quién eres:
colgado como un cerdo en exposición,
las delicadas muñecas,
la barba babeando sangre y vinagre;
colgado a tu propio peso,
traqueteando hacia la muerte bajo tu letrero.

Todos necesitan un baño en esta multitud.
Estoy vestida de harapos.
La madre va de azul. Tú rechinas los dientes
y con cada nueva respiración
tus mandíbulas se abren y tu pañal se afloja.
No soy culpable
de todo esto. No sé tu nombre.

Hombre enjuto. Tú eres la culpa de alguien.
Cabalgas sobre postes oscuros—
un pájaro de madera que un mercader construyó
para algún tonto que creía
que podía volar. Ahora te revuelves
en tu sueño, mareado
en tu propio aliento, pobre viejo convicto.

(All My Pretty Ones, 1962)

ASOCIARSE CON ÁNGELES

Estaba cansada de ser una mujer,
cansada de cucharas y cacharros,
cansada de mi boca y de mis pechos,
cansada de cosméticos y sedas.
Aún había hombres que se sentaban a mi mesa,
giraban alrededor del cuenco que les ofrecía.
El cuenco estaba lleno de uvas negras
y las moscas revoloteaban tras el aroma
e incluso mi padre vino con su hueso blanco.
Mas yo estaba cansada de esa clase de cosas.

Anoche tuve un sueño
y dije...
«Tú eres la respuesta.
Tú sobrevivirás a mi marido y a mi padre».
En ese sueño había una ciudad hecha de cadenas
donde Juana fue obligada a morir vestida de hombre
y la naturaleza de los ángeles quedó sin explicar,
ni un par de ellos era de la misma clase,

uno con una nariz, uno con una oreja en la mano,
uno masticando una estrella y marcando su órbita,
cada uno un poema obedeciéndose a sí mismo,
ejecutando las funciones de Dios,
una gente aparte.
«Tú eres la respuesta»,
dije, y entré,
acostándome a las puertas de la ciudad.
Luego ataron las cadenas a mi alrededor
y perdí mi género común y mi aspecto último.
Adán estaba a mi izquierda
y Eva a mi derecha,
ambos completamente inconsistentes con el mundo de la razón.
Entrelazamos nuestros brazos juntos
y cabalgamos bajo el sol.
Ya no era una mujer,
ni una cosa ni la otra.

Oh hijas de Jerusalén,
el rey me ha traído a su habitación.
Soy negra y bella.
He sido abierta y desvestida.
No tengo brazos ni piernas.
Soy toda de una sola piel como un pez.
Ya no soy una mujer
tanto como Cristo no fue un hombre.

(Live or Die, 1966)

MENSTRUACIÓN A LOS CUARENTA

Estaba pensando en un hijo.
El útero no es un reloj
ni una campana que tañe,
mas en el undécimo mes de su vida
siento el noviembre
del cuerpo tan bien como el del calendario.
Dentro de dos días será mi cumpleaños
y como siempre la tierra está lista con su cosecha.
Esta vez busco afanosamente la muerte,
la noche por la que me inclino,
la noche que quiero.
Bueno—
¡habla de ello!
Ocurría en el útero todo el tiempo.

Estaba pensando en un hijo...
¡Tú! El nunca conseguido,
el nunca sembrado o liberado,



tú el de los genitales que yo temía,
 el tallo y el aliento del cachorro.
 ¿Te daré mis ojos o los suyos?
 ¿Serás el David o la Susan?
 (Esos dos nombres que escogí y a los que estaba atenta.)
 ¿Puedes ser el hombre que son tus antepasados—
 los músculos de la pierna de Miguel Ángel,
 manos de Yugoslavia,
 en alguna parte el campesino eslavo y decidido,
 en alguna parte el superviviente pletórico de vida—
 y podría ser posible aún,
 todo esto con los ojos de Susan?
 Todo esto sin ti—
 Dos días desangrándome.
 Yo misma moriré sin bautismo,
 una tercera hija que no les importaba.
 Mi muerte vendrá en mi onomástica.
 ¿Qué tiene de malo la onomástica?
 Es sólo un ángel del sol.
 Mujer,
 tejiendo una red sobre ti misma,
 un veneno tenue y enmarañado.
 Escorpión,
 mala araña—
 ¡muere!

Mi muerte por las muñecas,
 dos pulseras de identificación,
 sangre llevada cual ramillete
 que florece
 uno a la izquierda y otro a la derecha—
 Es una habitación cálida,
 el lugar de la sangre.
 ¡Deja la puerta abierta sobre sus goznes!

Dos días para tu muerte
 y dos para la mía.

¡Amor! Esa enfermedad roja—
 año tras año, David, ¡me volverías loca!
 ¡David! ¡Susan! ¡David! ¡David!
 Pleno y desmelenado, silbando en la noche,
 sin envejecer nunca,
 esperándote siempre en el porche...
 año tras año,
 mi zanahoria, mi repollo,
 te hubiera poseído antes que todas las mujeres,
 pronunciando tu nombre,
 llamándote mío.

(*Live or Die*, 1966)

EL BESO

Mi boca florece como una herida.
He estado equivocada todo el año, tediosas
noches, sólo codos ásperos en ellas
y delicadas cajas de Kleenex gritando *llorona*
llorona, ¡boba!

Antes de hoy mi cuerpo era inútil.
Ahora está desgarrándose en sus cuadradas esquinas.
Está desgarrando los vestidos de la vieja María, nudo a nudo
y ves —Ahora está herido por esas flechas excitantes.
¡Zing! ¡Una resurrección!

Érase una vez una barca, toda de madera
y sin negocio, sin agua salada bajo ella
y con necesidad de pintura. No era más
que un conjunto de tablas. Mas tú la alzaste, la encrespaste.
Ha sido elegida.

Mis nervios están afinados. Los oigo como
instrumentos musicales. Donde había silencio
los tambores, las cuerdas están tocando incurablemente. Tú lo conseguiste.
Puro genio trabajando. Amor, el compositor se ha metido
en el fuego.

(*Love Poems*, 1969)

CANCIÓN PARA UNA DAMA

En el día de los pechos y de las caderas pequeñas
la ventana se ahoyaba con intensa lluvia,
lluvia avanzando como un ministro,
copulamos, tan cuerdas y tan locas.
Nos acoplábamos como cucharas mientras la lluvia
siniestra caía cual moscas sobre nuestros labios
y nuestros ojos satisfechos y nuestras pequeñas caderas.

«La habitación está tan fría con la lluvia», decías
y tú, femenina tú, con tu flor
decías novenas a mis tobillos y codos.
Eres un producto y un poder nacional.
¡Oh! Mi cisne, mi esclava, mi querida rosa ensortijada,
incluso un notario certificaría nuestra cama
cuando tú me amasas y yo me levanto como el pan.

(*Love Poems*, 1969)



Piensa en
una niña que está entrando siempre,
los brazos flojos como zanahorias viejas,
en un trance hipnótico,
en un mundo espiritual
hablando con el don de lenguas.
Está atrapada en la máquina del tiempo,
de pronto tiene dos años y se chupa el dedo,
tan hacia dentro como un caracol,
aprendiendo a hablar de nuevo.
Está en un viaje.
Está nadando más allá y más allá,
hacia arriba cual salmón,
avanzando hacia la bolsa de su madre.
Pequeña niña muñeca,
ven aquí con Papá.
Siéntate en mi rodilla.
Tengo besos para tu nuca.
¿En qué piensas? Princesa.
Cazaré tus pensamientos como una esmeralda.
Ven y sé mi amante
y te daré una raíz.
Esa clase de viaje,
rancio cual madre selva.

Una vez
un rey tenía un bautizo
para su hija Briar Rose
y como sólo tenía doce platos de oro
sólo invitó a doce hadas
al gran acontecimiento.
La decimotercera hada,
sus dedos tan largos y delgados como pajas,
sus ojos quemados por cigarrillos,
su útero una taza de té vacía,
llegó con un regalo perverso.
Hizo esta profecía:
La princesa se pinchará
en una devanadera cuando tenga quince años
y luego se caerá muerta.
¡Aniquilada!
La corte se quedó en silencio.
El rey parecía como el *Scream* de Munch.
Las profecías de las hadas,
en tiempos como aquellos,
eran lógicas.
Sin embargo la duodécima hada

tenía una especie de borrador
y así mitigó la maldición
cambiando la muerte
por un sueño de cien años.

El rey ordenó que todas las devanaderas
fueran exterminadas y exorcizadas.
Briar Rose creció y se convirtió en una diosa
y cada noche el rey
mordía el vuelto de su vestido
para tenerla segura.
Sujetó la luna
con un imperdible
para iluminarla perpetuamente.
Forzó a todo varón en la corte
a fregarse su lengua con Bab-o
no fuera que envenenaran el aire en el que ella moraba.
Así ella moraba en su olor.
Rancio cual madreSelva.

Al cumplir los quince años
se pinchó un dedo
en una devanadera chamuscada
y los relojes se pararon.
Sí por cierto. Se durmió.
El rey y la reina se durmieron,
los cortesanos, las moscas en la pared.
El fuego en el hogar se inmovilizó
y el asado dejó de chisporrotear.
Los árboles se volvieron de metal
y el perro se convirtió en porcelana.
Todos yacían en un trance,
cada uno catatónico
atrapado en la máquina del tiempo.
Incluso las ranas estaban zombis.
Sólo un ramo de rosas salvajes creció
formando una gran pared de tachuelas
alrededor del castillo.
Muchos príncipes
intentaron atravesar las zarzas
pues habían oído mucho acerca de Briar Rose
mas no habían fregado sus lenguas
así que fueron atrapados por las espinas
y fueron crucificados.
En su momento
pasaron los cien años
y un príncipe consiguió pasar.
Las zarzas se dividieron como para Moisés
y el príncipe se encontró el cuadro intacto.



Besó a Briar Rose
y se despertó llorando:
¡Papaíto! ¡Papaíto!
¡Rápido! ¡Está fuera de la prisión!
Se casó con el príncipe
y todo fue bien
excepto por el miedo—
el miedo a dormirse.

Briar Rose
era una insomne...
No podía sestear
o dejarse dormir
sin que el boticario de la corte
le mezclara algunas gotas que la desmayaran
y nunca en presencia del príncipe.
Si tiene que venir, decía ella,
el sueño me ha de coger desprevenida
mientras estoy riendo o bailando
de forma que no sepa de aquel lugar brutal
donde yacía con los agujones del ganado,
el agujero en mi mejilla abierto.
Es más, no debo soñar
pues cuando lo hago veo la mesa servida
y una bruja titubeante en mi lugar,
sus ojos quemados por cigarrillos
mientras come traición como un trozo de carne.

No debo dormir
pues mientras duermo tengo noventa años
y creo que me estoy muriendo.
La muerte resuena en mi garganta
como un mármol.
Llevo tubos como pendientes.
Yazco tan inmóvil como una barra de hierro.
Puedes meter una aguja
a través de mi rótula y no retrocederé.
Estoy acribillada por Novocaína.
Esta niña en trance
es toda tuya.
Puedes dejarla en una tumba,
un paquete horrible,
y tirar tierra sobre su cara
y nunca volverá a decir: ¡Hola!
Mas si la besas en la boca
sus ojos se abrirán
y exclamará: ¡Papaíto! ¡Papaíto!
¡Rápido!
Está fuera de la prisión.

Hubo un robo.
Eso me dijeron.
Fui abandonada.
Eso lo sé.
Fui forzada hacia atrás.
Fui forzada hacia adelante.
Me pasaron de mano en mano
como un cuenco de fruta.
Cada noche estoy clavada en el sitio
y olvido quién soy.
¿Papaíto?
Ésa es otra clase de prisión.
No es el príncipe en absoluto,
sino mi padre
borracho alongado sobre mi cama,
rondando el abismo cual tiburón,
mi padre espeso sobre mí
como cualquier baboso adormilado.
¿Qué clase de viaje es éste, niña?
¿Esta salida de la prisión?
Dios nos asista—
¿esta vida después de la muerte?

(*Transformations*, 1971)

CÓMO BAILÁBAMOS

La noche de la boda de mi primo
yo iba de azul.
Tenía diecinueve años
y bailábamos, Padre, dábamos vueltas.
Nos movíamos como ángeles bañándose.
Nos movíamos como dos pájaros candentes.
Luego nos movíamos como el mar en un cántaro,
más y más despacio.
La orquesta tocaba
«Oh, cómo bailamos en la noche que nos casamos».
Y tú me valsabas como un tornio,
y nos queríamos,
nos queríamos mucho.
Ahora que estás amortajado,
inútil como un perro ciego,
ahora que ya no acechas,
la canción suena en mi cabeza.
Oxígeno puro era el champán que bebimos
e hicimos sonar nuestras copas, una contra la otra.
El champán respiraba como un submarinista
y las copas eran de cristal y la novia
y el novio se apretaban uno contra el otro soñando



como diecinueve-treinta bailarines maratonianos.
Madre era una belleza y bailaba con veinte hombres.
Tú bailabas conmigo sin decir palabra.
En cambio la serpiente habló al tú retenerme cerca.
La serpiente, esa burlona, se despertó y presionó contra mí
como un gran dios y nos arqueábamos juntos
como dos cisnes solitarios.

(The Book of Folly, 1972)

MADONA

Mi madre murió
sin arrullar, sin arrullar.
Semanas junto a su lecho de muerte
viéndola golpearse contra las barras de metal,
debatándose como un pez en el anzuelo
y yo abatida junto a su gran escenario,
dejando que la sacerdotisa bailase sola,
deseando colocar mi cabeza en su regazo
o incluso cogerla en mis brazos de alguna manera
y acariciar su trenzado pelo gris.
Mas su caballito mecedor era el dolor
con el vómito emanando de su boca.
Su barriga estaba hinchada con otro niño,
el bebé del cáncer, grande como una pelota de fútbol,
no la podía calmar.
Con cada crisis y crujido
quedaba menos Madona
hasta que aquel parto extraño se apoderó de ella.
Entonces la habitación se quebró.
Ése fue el final de su deuda.

(The Death Notebook, 1974)

MADRES (PARA J.B.)

Oh madre,
aquí en tu regazo,
tan bueno como un cuenco de nubes,
a mí tu niña avariciosa
le dan tu pecho,
el mar envuelto en piel,
y tus brazos,
raíces cubiertas de musgo
y con nuevos brotes sobresaliendo
para cosquillear y hacerme reír.
Sí, estoy casada con mi osito

mas él tiene tu olor
tanto como el mío.
Tu collar que manoseo
es todo ojos de ángel.
Tus anillos que brillan
son como la luna en el estanque.
Tus piernas que me arrullan arriba y abajo,
tus queridas piernas enfundadas en nylon,
son los caballos que cabalgaré
en la eternidad.

Oh madre,
después de este regazo de infancia
nunca saldré
al mundo de la gente grande
como una extraña,
una invención,
o titubearé
cuando alguien
esté tan vacío como un zapato.

(*The Awful Rowing Toward God*, 1975)

ALIMENTO

Quiero leche materna,
esa buena sopa agria.
Quiero pechos cantando cual berenjenas,
y una boca en lo alto ofreciendo besos.
Quiero pezones cual tímidas fresas
pues necesito mamar el cielo.
También necesito morder
como en un tallo de zanahoria.
Necesito brazos que arrullen,
dos conchas de almejas limpias cantando *océano*.
Además necesito comer algas
pues son las espinacas del alma.
Estoy hambrienta y tú me das
un diccionario para descifrar.
Soy una criatura arropada por su rojo grito
y tú viertes sal en mi boca.
Tus pezones están cosidos cual suturas
y aunque mamo
mamo aire
e incluso el azúcar se aleja.
¡Dime! ¡Dime! ¿Por qué ocurre?
Necesito alimento
y tú te alejas leyendo el periódico.

(*45 Mercy Street*, 1976)



Me estoy divorciando de papaíto —¡Alma en pena! ¡Alma en pena!
Lo he estado haciendo diariamente toda mi vida
desde que su semen lo abandonó
horadando hacia arriba y se agarró a un huevo.
Feto, feto-brilla y brilla en esa casa,
y estalla, eléctrico, exigiendo polillas.

Durante años era de mujer a mujer,
pecho, cuna, retrete, muñecas, composturas.
¡MUJER! ¡MUJER!
Papaíto el de los güisquis, papaíto el del aliento arrogante,
me visitaba y luego se iba deprisa
como si yo fuera una enfermedad.

Más tarde,
cuando sangre, huevos y pechos
cayeron sobre mí,
Papaíto y su aliento de güisqui
me hizo una larga visita nocturna
en un sueño que no es un sueño
y entonces llamó a su abogado rápidamente.
Papaíto divorciándose de mí.

Me he estado divorciando de él desde entonces,
yendo al juzgado con Madre como testigo
y ambos muertos o no hace tiempo
aún me estoy divorciando de él
sumando los crímenes
de cómo venía a mí
cómo me dejó.

Estoy paseando por la habitación.
Abriendo y cerrando las ventanas.
Haciendo la cama y deshaciéndola.
Estoy desparramando las plumas de las almohadas,
esperando, esperando que Papaíto vuelva a casa
y me impregne tan saturada de nuestro hijo infectado
que me hago invisible, pero casada,
al fin.

(45 Mercy Street, 1976)

DULCE MARÍA RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna